

PRIMEROS PASOS POÉTICOS DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por

LUIS MIRAVALLÉS

I.B. «Pinar de la Rubia», Valladolid

Pero el hombre no era inferior al poeta.

ANTONIO BUERO VALLEJO

*Hay un rayo de sol en la lucha
que siempre deja la sombra vencida.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

I.— Etopeya de Miguel Hernández. El «Apóstol de la Poesía»

Nadie duda que la tertulia formada en la tahona de los hermanos Fenoll, en el número 5 de la calle Arriba, en Orihuela (hoy en día rotulada con el nombre del poeta, que también vivió en número 73 de la misma calle), representó un factor de vital importancia para Miguel. Allí en la tahona, al lado de los panes y al estímulo generoso de Carlos Fenoll, crecieron sus primeros pasos poéticos.

Más tarde, desde lejos, dentro ya de Madrid y de sus penas, el poeta escribiría largas cartas a los Fenoll, encabezadas siempre a «mis queridos hermanos»...

Y cuando se le muere casi repentinamente Pepito Marín, «Ramón Sijé» su otro guía y hermano, Miguel Hernández alcanza a expresar todo su dolor en una de las elegías más excepcionales de la lírica española. En cambio cuando Miguel muere, los hermanos Fenoll, tremendamente humanos, enmudecen. El dolor auténtico tiene también estas otras hermosas salidas.

Carlos Fenoll se nos fue para siempre, concediendo sólo una entrevista, poco antes de morir, por otra parte bastante evasiva. Hoy, ante Efrén Fenoll, se presentaba una difícil y dura alternativa, entre conservar indeleble el recuerdo o ayudar al mejor conocimiento del amigo perdido. Efrén era para Miguel Hernández «el chico negro que rima con tren» el amigo inseparable de sus juegos y correrías.

Ha optado por superar el dolor y relatarnos, en apretada síntesis, todo aquello que todavía recuerda de su vida cotidiana junto a Miguel.

Hablar con Efrén Fenoll Felices es hablar con Orihuela y hablar con el poeta. Se sabe todos sus versos de memoria; y se le encandilan los ojos y derrocha imágenes con tanta rapidez que apenas podemos seguirle.

Vive en Valladolid desde hace treinta y cinco años y sigue con su tez casi tan morena como entonces y con el recuerdo vivo del Miguel más fresco y puro, aunque el menos conocido, el de los primeros pasos por la vida y la poesía.

Uno de los mejores biógrafos del poeta, Dario Puccini, escribe: «La parte más intrincada y, en el estado actual de las investigaciones, más desordenada, es la que se refiere al primer período de su creación».

Todo lo que sigue es, pues, el intento de transcripción de las palabras tan vivas y cercanas aún, a pesar del tiempo, de uno de los amigos más íntimos de Miguel Hernández:

—Yo estaba a la puerta de la panadería de mi padre, junto con algunos obreros escar-chados de harina, en un descanso... cuando vimos venir a Miguel andando todo recto el cuerpo, llevando su cacharro de leche —que repartía delante del café Levante— y al pasar a nuestra altura saludó con unos sonoros «buenos días» que olían a madrugada. Fue un saludo campanudo. Y siguió su camino, dejando tras de sí un sabroso olor a pasto fresco, a «ramuja».

Cuando se alejaba, pregunté a los oficiales de la panadería quién era, y me respondieron:

—«Este es un “Visenterre”, es Miguelillo el hijo del cabrero, instalado ya hace mucho en esta misma calle. Tendría entonces unos dieciocho años. Yo tenía solamente catorce. Todos los días, Miguel, pasaba puntualmente, primero a repartir leche, y luego se iba a pastorear, llevando en la mano, en un gran pañuelo anudado, comida fría y libros, sin faltar nunca un ejemplar nuevo de la colección teatral “La Farsa”, bajo el brazo, un pequeño diccionario (el ITER) y su medio lápiz, inseparable, en el bolsillo».

Mi hermano Carlos que ya publicaba sus poemas en la prensa local, atrajo la atención de Miguel y así, poco a poco, se acercó a nosotros y comenzó a reunirse con el grupo en la tahona. La proximidad de residencia y la vocación literaria que latía en Miguel, facilitaron el contacto. Desde entonces tuvo como dos tipos de amistad dentro del grupo: los de su edad, Carlos y Pepito, sus amigos del «intelecto», y yo, «el chico negro que rima con tren», el amigo de sus juegos y correrías.

Efectivamente, como Efrén por su edad tenía menos responsabilidades en el horno, y como a Miguel, todo corazón, le gustaba jugar —como a todos los poetas— venía a buscar a Efrén, para que le acompañara a cuidar las cabras a la huerta, o bien alguna tarde para ir a bañarse.

—Nos íbamos a los baños de San Antón, un poblado a la salida de Orihuela. Allí había un manantial de aguas minerales de mercurio, donde nos metíamos dentro de una especie de balsa de ocho metros de larga. El agua siempre estaba limpia, transparente, y no como muchas veces ocurría con la del río Segura.

Por esa época ya Miguel empezaba a gestar sus primeras imágenes poéticas, ingenuas, pero frescas y gozosas. De pronto saltaba de contento y me decía:

—«¡Mira Efrén!... hoy he visto echada majestuosamente una vaca con su lengua roja, grande, colgando como una corbata. Otro día llamaba “coquete vegetal” a la palmera». Todas las imágenes las iba anotando con un simple lápiz de escuela en un papel cualquiera, que luego metía en su bolsillo.

Miguel pastoreaba sin perro. En Orihuela es costumbre, porque las cabras son muy pacientes. Las de Miguel eran negras como el azabache y tenían grandes ubres, porque eran de las destinadas al negocio de la venta de leche.

Miguel tenía una extraordinaria habilidad para tirar piedras con las manos. Ponía la piedra horizontalmente entre los dedos, el brazo caído, y de pronto disparaba con una fuerza enorme de derecha a izquierda y hacia arriba, a los dátiles, a los que llamaba «corazones de azúcar». Acertaba siempre. Caían siete u ocho.

No es de extrañar que siendo la principal tarea de Miguel el pastoreo, su primera composición poética fuera «Pastoril», que fue publicada el 13 de enero de 1930 en el semanario «El Pueblo», pero compuesta el 30 de diciembre de 1929.

Pronto el círculo de amigos de la tahona le facilita actuaciones en público. Y así una noche de 1930, en la sala de fiestas del Casino, Miguel lee y explica su *Elegía media del toro*¹.

Para explicar la poesía del toro, Francisco Díe, Paco, un buen dibujante de la tertulia, que luego ilustraría poemas en la revista de Ramón Sijé, «El Gallo Crisis», le dibujó un gran cartelón de unos dos metros de altura, sujeto en la parte de arriba por un palo atravesado a modo de percha, sobre el que se enrollaba el cartel.

Efrén recuerda que había muchas manchas rojas y negras y también ocre. Los toros, bajo la influencia surrealista en boga, eran grandes, sin formas concretas, casi como bisontes de cuevas prehistóricas.

Miguel, que concebía la poesía como siembra, tenía entonces la idea de viajar a los pueblos vecinos de Orihuela con este cartelón y otros posibles, para explicar todas las imágenes poéticas con suma claridad, para que las comprendieran los más humildes campesinos. Era un auténtico apóstol de la poesía.

En el año 1933, terminado ya «Perito en Lunas», que se estaba imprimiendo en Murcia (costeado entre otros por D. Luis Almarcha, canónigo de la catedral de Orihuela y vecino de Miguel), fue invitado por Antonio Oliver y Carmen Conde a dar una conferencia-lectura de sus poemas en la Universidad Popular de Cartagena y como Miguel era muy tímido, su reacción fue aceptar, pero con la condición de ayudarse con otro cartelón con dibujos, representando motivos de las octavas y con toda clase de instrumentos. Tomó el tren de tercera clase, de madera... «El granadino», que iba desde Granada a Alicante, pasando por Cartagena, y allí se presentó, pero no sólo con los cartelones, sino además con una sandía y con una jaula donde llevaba metido un limón colgado por su centro al que él llamaba «su canario amarillo» o «chino coletudo».

Extrañas reacciones las de los seres tímidos: para no perder el hilo de la conferencia y atragantarse ante el público, lleva consigo casi un baúl de aparatos como cualquier ilusionista, para lo que, en el fondo, se necesita mucho más atrevimiento. Y es que por encima de su timidez y vencíendola, estaba su ancho deseo de llegar a todos, de hacerse entender por todos.

Inocente, ingenuo y descuidado, como casi todos los poetas más sinceros, al regreso, ya sosegado, se duerme, al despertar ya no están a su lado ni la jaula ni los cartelones. Miguel con toda seguridad lanzaría uno de sus pastoriles y sonoros tacos y se bajó del tren, en Orihuela, con un cabreo fenomenal.

En el cartelón para explicar «Perito en Lunas», figuraban los dibujos que sintetizaban las octavas de sus imágenes más queridas: el limón, el toro, la palmera, la granada y la tahona de sus amigos y también el poema «La carbonillera quemada» de Juan Ramón Jiménez, uno de sus primeros poetas preferidos².

Pero, ¿cómo era en realidad Miguel?

—Un chico bueno, de bondad natural, casi instintiva. Una vez habíamos ido al cine, al salón Novedades. En la película figuraba la actriz Norma Shearer, que él admiraba, elogiando sobre todo su andar suave. Al salir, ya de noche, junto al cine, un grupo de modestos andaluces, cantaban flamenco en la terraza del cafetín España, para ganarse el

pan cotidiano. Los escasos oyentes instigaban a seguir el repertorio ya agotado y sin posibilidad de ampliación. Miguel al observar el aprieto en que se encontraban, se acercó a uno de los «artistas» y le dice: –¿Usted sabe leer?, pues mire: ¡interprete estas seguidillas que le voy a escribir!... y sacando su medio lápiz del bolsillo, les dejó escritas sobre el mármol de las mesas unas estrofas, completamente improvisadas, para que pudieran seguir la actuación y cosechar algunas monedas más de las que tan necesitados estaban.

Esta era su ayuda auténtica, la más directa y posible para el poeta. No tenía dinero, nunca lo tuvo. Al cine íbamos a «general» con las dos únicas pesetas que había podido sisar en la repartición de la leche, de seis a siete de la madrugada, antes de ir a pastorear.

Su única vestimenta en verano era una camisa siempre blanca (en invierno cubierta con un jersey de cuello en corazón), pantalón de pana de dorado añejo, y aparteñas (alpargatas):

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

(«Las desiertas abarcas», 1930)

Si a su pobreza añadimos su gran timidez, que le hacía sonrojarse y sofocarse ante situaciones protocolarias o en circunstancias donde hubiera desconocidos, comprendemos cómo la ayuda prestada al modesto grupo de «cantaores» tenía un gran mérito.

Miguel se sobreponía a su sonrojo, superaba su timidez y hacía lo que debía, lo que tenía que hacer.

Era la «ternura de su luminoso y atormentado corazón», como dijo Lorca, la que le movía a ser generoso y a prodigarse en felicidad.

Jamás lastimaba a los demás con sus problemas o disgustos:

«Yo sé que ver y oír a un triste enfada...
...me callaré, me apartaré si puedo
con mi constante pena»...

(«El Rayo que no cesa», soneto 19)

Permanecía sólo, en su casa, guardando sus dolores. Después aparecía en nuestra tahona, con su sonrisa lechosa –por la blancura fresca de sus dientes– ofreciéndose a colaborar en nuestra tarea:

–«¿En qué os puedo ayudar?», decía Miguel con su voz limpia y rotunda.

–¡Corta pedazos de masa!...

Y Miguel acariciaba con verdadero amor y delicadeza la masa, hasta conseguir algunas «trenzas», que había aprendido a modelar a fuerza de pura observación.

Para ver enfadado a Miguel, tenía que ser por razones muy fuertes, algo que le hubiera hecho hervir la sangre a cualquiera. Entonces y sólo entonces, exclamaba: «¡Releches!». Su único desahogo verdadero eran los versos. Cada verso es un trozo de Miguel. Su poesía es pura autobiografía. Hasta su nacimiento cantó. Su madre, la «tía Elvira», como la llamábamos en la calle Arriba, tuvo con Miguel un parto harto difícil, quedando para siempre lesionada, recogida, como una monja tímida que no molesta a nadie:

«Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida,
me dieron a mamar leche de tuera,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el ojo abrí por vez primera
y lo que vi primero era una herida»...

(«Sino sangriento»)

No quedaría completa su epopeya sin aludir a la Naturaleza. «Todos los biógrafos –nos dicen Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia– han resaltado la importancia del paisaje, así como del medio ambiente en que se desenvuelve la vida de Miguel Hernández» (prólogo en «Obra poética completa» de Miguel Hernández. Editorial Zero, Madrid, 1976). El campo, la tierra, el aire, es para Miguel algo entrañable que marca todo su ser.

Se ponía en cuclillas para oler las entrañas de la tierra. Se subía a los árboles con habilidad increíble. Estrujaba la fruta entre sus dedos, impregnando las manos con el néctar del limón, de las naranjas que comía sin pelar para llenar su cuerpo de pureza.

En invierno y en verano, desnudo, se envolvía –si había llovido– en el cieno y así, embadurnado y eufórico de sentirse hermano del barro, se lanzaba gritando de alegría al río Segura o en la balsa de San Antón:

«Está el agua que trina de tan fría
en la pila y la alberca
donde aprendí a nadar».

(«El silbo de afirmación en la aldea», 1934)

Estaba tan compenetrado con la Naturaleza que no necesitaba jamás guiarse por un reloj. Entre Orihuela, la romana Orfelis, y Callosa de Segura, hay una sierra azul, limpia de árboles, con una concavidad en el centro, que se torna de rojo cuando el sol se pone. Al llegar esta hora, regresaba Miguel a Orihuela, después de haber pasado todo el día de pastoreo, leyendo o escribiendo poemas:

«Escribo teniendo por
mesa el lomo de una cabra,
en la milagrosa huerta
mientras cuido la manada»...

(«A todos los oriolanos, en la huerta», 1-2-1931)

Los «cheroles o cherolillos» son las piedras que, colocadas como gravilla, mantienen más firmes las traviesas de la vía férrea.

Miguel tomaba estos cantos pulidos por el viento y la lluvia, hasta calentarlos, dándoles vueltas entre sus manos.

–«¡Mira Efrén: parece un riñón...!».

Le había dado vida a la piedra, como a toda la naturaleza que tocaba, con el calor de su corazón.

II.– La Tahona de los hermanos Fenoll

La tahona de los hermanos Fenoll era un Ateneo.

–El horno –nos dice Efrén– estaba situado en la planta baja, lugar donde, por el calorcillo, nos reuníamos en las tardes nubladas cuando no había pastoreo, sentados

entre los sacos de harina y el olor jugoso del tierno pan. Las demás tardes nos agrupábamos en torno a una larga mesa articulada y rectangular que había en el primer piso.

Desde las seis y media de la tarde, hasta las diez de la noche, allí se congregaban los siguientes contertulios:

- *Jesús Poveda Mellado*, nacido en Murcia, calvo ya desde joven, mecanógrafo de un abogado y virtuoso del violín. Le llamábamos «El Sarasate».

- *José Murcia Bascuñana*, alias «El Fefo», simpático y bohemio, molinero de oficio. Era un apasionado de las romanzas, que cantaba con voz de trueno.

- *Adolfo Lizón*, estudiante de Derecho y Filosofía y Letras, luego periodista, enviado especial a Portugal.

- *Francisco Díe García-Murphy*, dibujante y pintor, que ilustraría algún poema de Miguel en la revista «El Gallo Crisis» con un hato de espigas, tomado de la Iglesia de Santiago³. Paco pintaba bajo la influencia surrealista de moda. Fue un eficaz colaborador de la revista.

- *José Marín Gutiérrez*, «*Ramón Sijé*», licenciado en Derecho a los 20 años, colaborador de «El Sol» y la revista «Cruz y raya». Fundador en 1934 de la revista «El Gallo Crisis». Pepito, como le llamábamos, era el cabeza del grupo, su padre espiritual, como diría mi hermano Carlos. No es de extrañar el profundo sentimiento de dolor que experimentamos todos cuando en la Nochebuena del año 1935, falleció tras un malestar de estómago repentino, que degeneró en peritonitis.

- *Justino Marín Gutiérrez* «*Gabriel Sijé*», introducido por su hermano. Asistía ocasionalmente a la tertulia.

- *Carlos Fenoll Felices*, el hermano mayor del grupo. Todo corazón, generoso y gemelo del de Miguel, y el que había tomado bajo su tutela la organización de verdaderas reuniones literarias. Fue el primero que saludó públicamente en el semanario «El Pueblo», el nacer poético de Miguel Hernández, al que, con todo entusiasmo, apoyó y alentó.

Los demás componentes que siguen eran los más jóvenes de la tertulia.

- *Manuel Molina Rodríguez*, que esporádica y ocasionalmente iba por la tahona, más bien para buscarme a mí, como compañero de juegos, y mientras me esperaba en el umbral escuchar los cuentos que Carlos nos relataba.

- *Efrén y Josefina Fenoll Felices*, (ella, novia de «Ramón Sijé», e introductora de éste en la tertulia) componían el resto, además, por supuesto, de Miguel Hernández.

Actualmente casi todo se ha ido con el tiempo. Unos... fallecieron: Francisco Díe, Ramón y Gabriel Sijé, Carlos Fenoll, Bascuñana, Molina. Otros se fueron muy lejos de Orihuela, como Adolfo Lizón, Efrén y Jesús Poveda, casado con Josefina Fenoll.

En definitiva, para evocar muy directamente *aquellos primeros pasos* de Miguel Hernández, más cerca de nosotros, sólo quedaban las palabras de Efrén:

Miguel, al vivir en la misma calle donde radicaba la Tahona, entró totalmente en contacto con el grupo. Para él, simple pastor-cabrero por entonces, fue como un eslabón imprescindible, un paso indispensable para elevarse desde su círculo familiar hacia alturas intelectualmente más satisfactorias.

El ambiente acogedor que encontró su talento, el estímulo y la orientación que supuso en sus lecturas desordenadas y totalmente desiguales, hacia otras más clásicas y ambiciosas, todo ello no fue sólo un apoyo moral de integración en la sociedad, sino además el incomparable regalo de verse comprendido, lo que le llevó, sin duda, a la autovaloración y a la confianza en su futuro literario.

El padre, severo, rudo y sin cultura, «El Visenterre», al advertir esta afición de su hijo Miguel por todo lo intelectual y literario, no vio con muy buenos ojos al grupo, al que consideraba como unos «presumidos», que perdían el tiempo y ponían sueños de locura en la mente de Miguel: «¡Te tienen loco!», le decía en casa. «¿Te parece poco esto de las cabras? ¿Para qué tienes que aspirar a más? ¡Mira a tu hermano Vicente, entregado a su trabajo sin presumir!»

Más las ilusiones poéticas continuaban acrecentándose en Miguel, hasta el punto que eran motivo de discusiones continuas con su padre, que no comprendió ni aceptó jamás la voluntad del poeta. La única persona de su familia que le animó un poco fue su hermana Elvira, casada con un empleado de banca.

En la tahona había un rellano ancho, como un escenario, donde de pronto «El Feo» salía por romanzas de «espadas triunfadoras», con una voz que rompía los tímpanos. Luego, otro... leía un soneto, y así iban turnándose, en sus interpretaciones y lecturas, los contertulios, dando sabor a la reunión. De fondo, como orlando el ambiente, siempre el perfume sabroso:

«Aquí...
Hay pan dentro del horno,
y el olor llena el ámbito, rebasa
los límites del marco de las puertas,
penetran en toda casa
y purifica el aire de las huertas»...

(«El silbo de afirmación en la aldea», 1934)

—Recuerdo un día a principios de año. El tiempo era infernal y nos habíamos refugiado en el alcobor, la cámara encima del horno, que sirve para fermentar las masas. Carlos, mi hermano, escribió en la pared unos versos referidos al tiempo, y Miguel con su medio lápiz de siempre, también escribió en la pared una cuarteta saludando de muy mala gana al crudo año que se aproximaba con cara de verdugo, comentando Miguel a continuación: «¡Aquí se hacen versos como panes y panes como lunas, redondos, brillantes, perfectos!».

Por fin, sin conseguir empleo fijo y satisfactorio, pero con las ilusiones literarias más encendidas que nunca, recibe el último impulso de la tertulia. Le buscan influencias y reúnen dinero para el viaje a Madrid. Y, efectivamente, Miguel emprende su nueva aventura.

Pero el recuerdo más hondo y duradero que tengo de aquellas reuniones fue el de una noche de julio, cuando ya había conseguido Miguel establecerse en Madrid. Había venido a pasar unos días con nosotros, a los que él siempre llamaba sus hermanos. El aire estaba quieto. Era una noche tibia y nos tumbamos en el suelo, alrededor de un velón de cuatro mechas que Miguel había traído desde Toledo, mientras nos comíamos cada uno nuestro trozo de buen melón. Y allí, en el terrado de la tahona, nos leyó Miguel el segundo acto recién acabado de su obra «El labrador de más aire». Su voz recitando con hermosa y profunda cadencia, resonó limpia y rotunda en la noche.

La tertulia llegó a publicar a imprenta algunos escasos números de una modesta hoja poética, que titularon *Silbo de poesía* a propuesta de Miguel, experto en toda clase de silbos, incluso para llamar a los pájaros.

Con la mayor osadía, propia de la juventud, solicitaron colaboración hasta de Vicente Aleixandre, alegando que sólo disponían de ilusión, y el futuro premio Nobel, siempre tan complaciente con los poetas jóvenes, les respondió con un poema, que publicaron, naturalmente, encabezado con el título, a modo de lema, que les había destacado: *¿¡Y no es nadie la ilusión!?!.*

Aquella tertulia contaba acaso con lo más valioso de la vida: *El entusiasmo*, precisamente lo que jamás faltó a Miguel Hernández, ni un sólo día, para seguir luchando y renovar sus sueños.

III.- El noviazgo de Miguel y Josefina

Cuando inicia su primer viaje a Madrid, a fines de diciembre de 1931, el poeta ya lleva algo prendido en su corazón, aunque no con plena y absoluta firmeza.

Antes había tenido amores platónicos: la actriz de cine Norma Shearer, tal vez la misma Josefina Fenoll..., pero ahora piensa sobre todo en la hija de un sombrerero.

—«A mí no me gustaba en absoluto» —nos comenta Efrén— «Tenía unos ojos de pez, de salmonete; ojos ahuevados».

A los pocos meses del regreso de Madrid, concretamente hacia junio de 1932, Miguel trabaja de pasante en una Notaría, y en el paso obligado hacia su trabajo, a través de una ventana abierta de un taller de costura, oye los cuplés de moda que cantan las operarias, y ve, dulcemente enmarcado, el busto de Josefina Manresa.

—«Para Miguel fue como un deslumbramiento que le hizo olvidarse total y repentinamente de todos los galanteos anteriores».

Josefina era una joven de facciones clásicas, de ojos grandes y rasgados, de pelo negrísimo que adornaba con traviosos y atractivos «chorrillos» (rizos naturales), en suma, una auténtica «sirena negra», por lo que no pude por menos que comentar con entusiasmo:

—«¡Esto ya es otra cosa, Miguel!... ¡Como de la noche al día!».

Y aquellos ojos que atrajeron de modo implacable su mirada, junto a la aprobación de los íntimos amigos, constituyeron el comienzo de un amor irresistible.

Entre miradas y miradas harto tímidas de los dos, sonrojos y aprietos que Miguel iba superando con toda entereza, tardó el amor en alcanzar su plena confirmación.

El día en que Miguel abordó a Josefina a la salida del taller, entregándole un poema, fue como una verdadera declaración:

«No tienes más que hacer que ser hermosa,
ni tengo más festejos que mirarte,
alrededor girando de tu esfera.
Satélite de ti, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte,
—¡Date presa de amor, mi carcelera!»—.

(«Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo», 1933-1934)

El poeta dejó constancia de lo sucedido en una breve prosa que se publicó en el diario «La Verdad» de Murcia, el 9 de noviembre de 1933.

Sin duda, la culminación del amor estaba cerca. Otro día, Miguel, luchando titánicamente entre el rubor y el deseo irrefrenable, entre el tierno pudor lleno de prejuicios y el amor puro, alcanza a besar la mejilla hermosa de su amada. La pasión verdadera enamora, la generosidad galantea. Y el poeta expresa en sus versos toda la plenitud de su amor:

«Te me mueres de casta y de sencilla:
Estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquel *tristísimo* suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla»...

(El rayo que no cesa», 1934)

Efrén Fenoll nos muestra el original de esta primera versión que conserva mecanografiada, como un tesoro, por la mano del propio Miguel, en aquella vieja «corona» que había comprado a plazos.

Su timidez, su respeto innato, le hicieron sentirse tremendamente confuso. El escrúpulo de Josefina Manresa convirtió aquel purísimo beso casi en un «robo» y por ello escribió: *Tristísimo* suceso. Pero el amor auténtico vence todo obstáculo y, más tarde, plenamente convencido, cambió una sola palabra de todo el soneto en una segunda versión... «y desde aquel *Dulcísimo* suceso»... y aún más, crecido el amor, si cabe, llega a una tercera y definitiva versión... «y desde aquella *Gloria*, aquel suceso»...

—Frente al taller donde trabajaba Josefina, prosigue Efrén, en la calle «La Feria», una calle detrás de la Catedral, paralela a la calle Mayor, había una tienda pequeña de joyería, la de Valentín «el platero», hombre grueso y jocosos, poseedor de una gran pecera y de un loro, que siempre estaba colgado en una balconada. Aquel loro imitaba perfectamente los timbres «de pera» de las bicicletas y toda clase de silbidos, incluyendo algún que otro himno republicano y, desde luego, todos los de Miguel. ¿Sería aquel loro el que aprendió la llamada del poeta a Josefina? Así hasta el título de su primer álbum poético amoroso *El silbo vulnerado*, habría sido también —como tantas otras veces— un real y vivido hecho.

Sin embargo la levítica Orihuela, como la calificó Gabriel Miró, influyó sobremedera en el espíritu retraído de los dos, dificultando ampliamente las relaciones.

Orihuela, asentada al amparo de montes asperos y pelados, tiene un paisaje lleno de colores densos y cargada de aromas. Pero en «Oleza» no hay sólo aromas de azahares, palmeras y acacias, hay, además, como sugiere también Gabriel Miró, «olor a cirios encendidos, olor de cera resudada de los viejos exvotos»... y todo ello pesa mucho más en Josefina, femenina y apocada.

—«Miguel superaba con virilidad su sonrojo —nos dice Efrén—. Era capaz de imponerse sobre sí mismo cuando lo pretendía. En cambio, Josefina parecía una verdadera monja, pudorosa, siempre con los ojos bajos, pusilánime, haciendo parecer desdenes lo que sólo era pura timidez. Ya lo dijo el mismo Miguel: «te me mueres de casta y de sencilla»...

Elvira, la hermana del poeta y sostén moral a su vocación literaria frente al padre, llegó a comentar con mucho enfado aquellas contrariedades que tanto hacían sufrir a Miguel: «¡Vaya un aire el de ella, tan altanera!», confundiendo el apocamiento con la indiferencia. Pero tampoco Miguel se escapaba del peso oriolano y alguna vez entregó a mi hermano Carlos algún escrito para Josefina, nota que a Carlos, también muy tímido, no le apetecía entregar:

«Lo que he sufrido y nada, todo es nada,
para lo que me queda todavía
que sufrir, el rigor de esa agonía
de abocarme y ver piedra en tu mirada»...

(«El rayo que no cesa», soneto 19)

La historia de este noviazgo entre Miguel y Josefina transcurrió, como tantos otros, entre requiebros y rechazos, pero para Miguel fue un verdadero tormento, esperando de ella todo el cariño que no había recibido del mundo. Josefina, sencilla, llena de recato, no pudo al principio suplir la ausencia de tanto amor. El ambiente provinciano no les permitía más que encontrarse, por lo general, frente a la puerta de su casa y algunos paseos furtivos a la glorieta. Lo demás, miradas y miradas...

—«Poco a poco, tras el asedio incansable de Miguel, el vínculo de amor se aprieta y ya no se romperá jamás».

En marzo de 1934, Miguel vuelve a Madrid, ya con una ocupación más segura, y el amor continuará a través de una larga serie de cartas que, junto con las del frente y las de la cárcel, forman un rosario de amor encendido.

Cuando Miguel escribía a los Fenoll, a veces también transcribía párrafos enteros de las cartas que enviaba a Josefina:

—Por aquellos párrafos podíamos darnos perfectamente cuenta de la gran belleza que podrían tener las cartas de amor a Josefina.

«A Josefina no le gustaba hablar nunca de su noviazgo», nos añade Efrén. Cuando me he acercado muy de tarde en tarde por mi tierra, y la vi sólo me dijo: «Eran otros tiempos, otra educación, pero no me gusta que se sepan sus cosas y las mías. Me da reparo todavía»...

De todos modos y en alguna ocasión Josefina dijo: «Ahora me arrepiento de lo que sufrió por mí en aquella ocasión»...

Vida y poesía van siempre estrechamente unidas en Miguel Hernández, y así se irá viendo como casi nunca consigue satisfacer todas sus esperanzas. Su vida de amores será aplastada por el odio que reina. Y entre pena y pena siempre Josefina presente, la esperanza.

Miguel, que había soñado con un amor grande, nos dejó plasmado su ideal femenino por boca de Juan, personaje que es su doble en «El labrador de más aire», comenzado ya en 1935, pero publicado precisamente en 1937, el mismo año que se casa con Josefina:

«A mí me ha de enamorar
de una manera acendrada
mujer que no luzca nada
sino este particular:
como la tierra ha de ser
de sencilla y amorosa,

que así será más esposa
y así será más mujer.
Tendrá un corazón lozano
y tendrá un alma pareja,
y el alma bajo la ceja,
y el corazón en la mano»...

(«El labrador de más aire»)

Y a pesar de esos primeros pasos amorosos tan agrios y huraños, producto de una sociedad educada en el escrúpulo y acaso en la hipocresía, Miguel no se había equivocado en la elección, aunque siempre su sino le llevaría de nuevo a la lejanía, al dolor de la separación, casi constante hasta su muerte.

IV.— Algunas motivaciones de los versos del poeta

«Se ha cometido con frecuencia el error de querer enjuiciar la personalidad total de Miguel Hernández —subraya Juan Cano Ballesta— valorando de modo casi exclusivo sólo una parte mínima de su obra», y sin embargo, en sus años juveniles, tras únicamente dos años de estudios, junto a la enorme capacidad de asimilación e imitación de los autores clásicos, también podemos encontrar un tipo de imágenes que por ser tomadas directamente de su mundo de pastor y de su vida diaria, adquiere tal vigor expresivo y autenticidad, que supera las influencias externas.

Por encima de la metáfora, elemento esencial de su primer libro «Perito en lunas», está el autor, su actitud perenne ante la vida. El poeta Miguel, subido en lo alto de una higuera, echa los higos como maná sobre los niños mendigos:

«El maná, miel y leche, de los higos,
lluevo sobre la luz, dios con calzones,
para un pueblo israelita de mendigos
niños, moiseses rubios en cantones» (Octava IX).

—«Cuando Miguel escribía “Perito en lunas”, los amigos de la tahona, sobre todo mi hermano Carlos y Ramón Sijé —nos dice Efrén—, comentaban que las octavas iban sobrecargadas de un vocabulario preciosista y algunas parecían más bien acertijos». En cambio, para Miguel, embebido en el descubrimiento de *El polifemo*, aquel exceso de metáforas sí tenía sentido. Hasta el título de la obra, tenía razón de ser. La luna es, por excelencia, el ser numinoso que preside los ritmos vitales, agente y símbolo de fecundidad. Miguel era buen conocedor de la fuerza de la luna en el agua, en los animales, en toda la naturaleza, y se llamaba a sí mismo «lunático de la noche estrellada», un experto, un perito en lunas. Poseía además la facundia del ambiente oriolano donde hasta el más inculto aplica a todo lo que ve, las comparaciones más insólitas.

Miguel a cada paso repartía una metáfora, una comparación: el árbol podado era un mendicante. Las piteras o chumberas, unas medias-suelas al aire. Su cadencia era instintiva, su ritmo innato.

En su primera excitación creadora, cantó todo aquello más cercano a él y a sus amigos: el pozo (verdadera vida para el hortelano), las palmeras, la luna, la tahona, su canario-flauta: «su alegría de soles emplumada», su huerto:

«Paraíso local, creación postrera
sí breve de mi casa,
sitiado abril, tapiada primavera
donde mi vida pasa».

—«Consciente de su incultura, Miguel —continúa Efrén— tardaba mucho en enseñarnos sus poemas. Sólo después de haber corregido mucho sus versos, y como él decía «todavía calientes», nos leía casi de memoria sus originales escritos siempre a lápiz. Solamente los pasaba a máquina si estaban destinados a una publicación inmediata.

Sólo pasado cierto tiempo, comprendió que su primer libro se encontraba sobrecargado, pero era lógica aquella acumulación de imágenes, ya que vivía plenamente sumergido en la naturaleza:

—«Miguel sabía —por conocimiento natural— hasta cuando cambiaba el clima: —Me enseñaba, nos dice Efrén, a apreciar el cambio de color en las hojas de los álamos del río, la luz dorada del amanecer baña los objetos y los transforma en oro al nacer el sol, de plata al atardecer:

“Yo me enjoro la mañana
caminando por las hierbas”».

(«Perito en lunas»)

Miguel realizó, como indicó Vicente Aleixandre, una obra donde se ve al prodigioso artífice temprano, con un entusiasmo barroquista de adolescencia.

Por esta misma época, avanzado ya el año 1933, también Calderón excita su interés y le sugiere la idea de componer un auto sacramental.

Miguel que había logrado imitar el lenguaje enigmático de Góngora, consigue reproducir en su auto «Quién te ha visto y quién te ve» la estructura del auto sacramental, pero los personajes aunque son símbolos, brotarán de su mundo real y rústico:

—«Los sentidos» son como *jornaleros* que reivindican sus derechos. El *hombre-niño* atraviesa tres planos con intensidad creciente: estado de la Inocencia, de las malas Pasiones y del Arrepentimiento. El Deseo actúa de tentador y trata de pervertir al hombre, atizando a todos los sentidos a la rebelión. Pero el auto sacramental se enriquece con una nueva dimensión: lo social. Así en la última escena, el Deseo, derrotado, sólo puede ejecutar su venganza, armado de una hoz».

—«Las escenas de los ecos (capítulo VII), nos señala Efrén, están absolutamente inspiradas en una experiencia real, vivida por mí junto a Miguel:

Una mañana, subiendo las laderas hacia la Cruz de la Muela, uno de los lugares más altos de Orihuela, el cielo se había nublado. Miguel corría muy veloz por la sierra, adelantado. Yo me había retrasado un poco, y Miguel, volviéndose hacia mí, me llamó con potente voz. Acaso porque se habían reunido las propiedades más propicias e idóneas para el fenómeno, el caso es que oímos retumbar por tres veces, con un eco purísimo, mi nombre. Quedamos impresionados, y nos pusimos a llamarnos el uno al otro, entusiasmados. Miguel añadió:

—¡¡Efrén, mírate la voz en el espejo!!

Después al regreso, bajamos corriendo de costado, como me había enseñado, para que las piernas sirvieran de freno. Parecía como si tuviera prisa por escribir lo que le había sugerido aquella vivencia. Y esto fue lo que motivó la escena del auto sacramental donde el eco, como si fuera la encarnación de la Justicia, transparente y depurada, responde al Deseo, en pleno campo, después de haber ejecutado su venganza:

—Deseo: ¡Suerteeee...

—Eco: ¡¡¡Muerteee».

Toda la rica personalidad de Miguel está presente en esta obra. Para ello le basta encarnar las ideas y sentimientos religiosos con motivos de la vida campestre, humanizando la metáfora con acentos estremecedores. Así nos describe en la V escena, del acto II, al hombre agricultor:

Yo te vi llegar, criatura,
a este atlántico de oro.
Te vi, terrestre remero,
rasar cereales olas,
y tras tu paso, ligero,
te vi dejar un reguero
malherido de amapolas».

(«Quién te ha visto y quién te ve...»)

En 1936 se celebra el centenario de Garcilaso de la Vega, y Miguel sustituye el culto a Góngora por el de Garcilaso.

—«Un atardecer oscuro de invierno, en una de sus visitas aisladas desde Madrid, —nos cuenta Efrén—, yendo al cine los dos, durante el camino me leyó la égloga de Garcilaso y me explicó que el cerebro del poeta es como un prisma encendido, un cerebro poliédrico, capaz de transfigurar lo cotidiano en imágenes, en belleza:

...«Su corazón un pez maravillado,
y su cabeza rota
una granada de oro apedreado
con un dulce cerebro en cada gota»

(«Égloga», 1935-1936)

Pero tal vez la obra teatral más popular de Miguel Hernández, el drama rural «El labrador de más aire», que comenzó a escribir en el período entre los dos viajes a Madrid, sea donde precisamente el elemento de la vida rural preste más motivos de inspiración al poeta.

—Entre el campo de Orihuela y el pueblo «La Matanza», hay un lugar casi desértico. Sólo crecían unas pocas vides de una familia conocida de Miguel. Una tarde estuvimos allí jugando al balón mucho tiempo, hasta sudar. Luego nos duchamos en el pozo, con cubos de agua, que nos lanzábamos el uno al otro. Miguel tomó uno o dos racimos de uva y los «ordeñó» materialmente en su boca. Yo me eché una ligera siesta, mientras él se puso a escribir. Al despertar, todo gozoso, me dijo: ¡He terminado la escena del vino!... y me recitó con su profunda voz, aquella parte tan expresiva:

«Hay vinos para los ojos,
hay vinos para las manos,
vinos para el corazón
y vinos para el olfato.
Hay vinos para las penas,
hay vinos para el trabajo,
vinos para mil casos
de amor, de olvido, de sueño,
de tristeza y de llantos.
Se ve en los vinos la vida
como en el género humano.
Y a los vinos y a los hombres
jamás hay que equivocarlos».

(«El labrador de más aire»)

—«Hay muchos personajes reales en *El labrador de más aire*, nos concluye Efrén: Encarnación es su hermana menor, a la que Miguel tenía verdadero afecto por su hacendosidad, recato y bondad: «sencilla y hermosa como la flor del romero». La amistad hacia mí tal vez se acrecentó por entonces, precisamente porque en aquel tiempo yo la acompañaba.

El personaje D. Augusto, hombre rico y duro, verdadero cacique, existió, era un marqués de unos treinta y ocho años, poco escrupuloso, del que corría la leyenda de que había tratado de cortar la mano a una niña que había cogido una flor de su huerto. Este rumor o hecho figura poetizado en la obra. Pero sin duda el personaje más fielmente retratado sea el propio Miguel, reflejando en el protagonista Juan todo lo que el poeta era y todo lo que quiso ser:

«No soy ni fiero ni huraño:
pero sé en mi corazón
que a sufrir la humillación
el golpe y el atropello,
prefiere mi vida el sello
de la actitud del león».

(«El labrador de más aire»)

Efrén Fenoll ha concluido esta rememoración intensa de su amigo. Ha sido como una liberación del dolor por tan sensible pérdida, pero ha cumplido su misión. Y a pesar de todo, siempre se podrá añadir algo, algo más sobre el poeta, pues como él mismo dijo:

«Nadie me verá del todo
ni es nadie como lo miro.
Somos algo más que vemos,
algo menos que inquirimos.
Algún suceso de todos
pasa desapercibido».

• • •

Al aire de su vuelo y del recuerdo.

EFRÉN FENOLL

Desde mi rincón y mis años, observo la parafernalia y el ruido que se está produciendo en el 50 aniversario de la muerte de mi amigo Miguel Hernández.

Ahora viene a mí, el recuerdo de una frase, que un día dijo: «Lo peor de la memoria, son los muertos». Yo sé bien porqué lo dijo...: Ramón Sijé y otros amigos muertos de entrañable memoria.

No tengo autoridad literaria ni otros valores para querer estar presente en este magno Congreso sobre un poeta del pueblo para el pueblo, pero sí quiero y deseo apor-

tar algunos recuerdos que ayuden a conocer bien y para siempre al hombre bueno que sólo supo ser *poeta*.

Si ser bueno, humanísimo y tener un exaltado ideal de la Justicia y un sentido honrado de la libertad, es ser un hombre de izquierdas o comunista, no cabe duda que Miguel *lo sería*, pero dicho esto debo aclarar que cuando sentía así no tenía un conocimiento exacto de qué era el Comunismo, ni tenía ninguna preocupación ideológica de la filosofía marxista. No eran esas sus lecturas y por supuesto las nuestras... Carlos, Josefina y yo que era, como me llamaba Miguel: «El chico negro que rima con tren»: «Efrén».

En verdad, os digo que nos faltaba tiempo para leer las Antologías poéticas del gran Juan Ramón Jiménez, el teatro de Valle Inclán y las novelas de Miró y Baroja. Más tarde a Góngora y Lópe de Vega. Tan cierto es esto que convertimos la tahona en un particular «Ateneo» de nuestra flaca cultura. He aquí la célebre frase de Miguel: «En este horno se hacen versos como panes y panes como lunas».

Un poco más tarde nos llegó la asistencia de «Pepito Marín» o sea Ramón Sijé, que se hizo novio de mi hermana Josefina y con él un montón de nuevas lecturas, lo que incrementó nuestro entusiasmo por la literatura, tanto que osamos publicar una hojita poética todos los meses, con versos de Miguel, de Carlos y de algún poeta importante, por ejemplo de Vicente Aleixandre. Para justificar nuestra petición se le dijo que era mucha la ilusión que habíamos puesto en ello, que perdonara el atrevimiento. A lo que él contestó con un poema inédito, que encabezó con una glosa que decía así: «¿Y no es nadie la ilusión?» Qué alegría nos hizo sentir aquel poema, publicado en nuestra modesta revista *Silbo* (revista de poesía). Yo que era el encargado de su reparto la llevaba a las barberías y a algún que otro café (pensad que la regalábamos). Se editaba en papel de colorines del más barato, de aquel que los chicos hacían sus cometas para volarlas.

Así fueron los primeros pasos poéticos de nuestro Miguel, hoy el gran poeta que todos celebramos.

En cuanto a querer situar a Miguel en cualquier cuadro político, antes o después de sus viajes a Madrid, como escudo emblemático, yo bien sé que a pesar de ciertas apariencias, no es posible, pues tengo confesiones y hechos de sus cosas, que por extensas serían imposibles de relatar aquí. Si alguien tiene verdadero interés en conocer, sabed que todavía estoy vivo y que mi casa, hoy en Valladolid está abierta y en la guía de teléfonos está mi dirección.

No crean que ignoro sus actividades en la guerra, sus poemas en las cárceles y su libro *Viento del pueblo*, pero sé que Miguel era un singular Quijote, que allí donde veía una injusticia se enrolaba como el más encendido combatiente..., pero ¿alguien puede llegar a entender que se pueda hacer de Miguel un Santiago Carrillo o un Marcelino Camacho? Nunca mejor que ahora se pueda decir aquello que dijo Ortega y Gasset, acerca del hombre y sus circunstancias. Y no obstante las circunstancias trágicas de la guerra y todas las acciones bélicas que comportan el combate y la significación ideológica socio-política, nunca fue hombre de partido, sólo fue lo que siempre había sido, *poeta*, y con sus versos quiso dejar entre los hombres y la tierra un aire de *Libertad y amor*. Y por favor no zarandearlo más. Para los que tuvimos la fortuna de conocer y convivir con Miguel, nos conformamos con recordarlo como poeta y no como bandera de una ideología. Eran tan modesto que una vez que escribió de sí mismo sólo fue para decir aquello de «Barro soy aunque Miguel me llamen». Ruego a los creadores de *capi-*

litas, no contaminen este barro, pues es un Barro enamorado, hecho de Amor y desventuras. En su memoria os doy las gracias.

Firmado: EFRÉN FENOLL
Valladolid, marzo 1992

NOTAS

- ¹ Juan Cano Ballesta nos afirma que durante la actuación en el Casino de Orihuela, «Miguel lee y explica con dibujos sobre la pizarra su “Elegía media del toro”». Nos parece más lógica y verosímil la versión de Efrén Fenoll, testigo presencial de los hechos. Por otra parte, es evidente que Miguel Hernández no era un gran dibujante como para desarrollar toda una explicación con dibujos. Tampoco la presencia de una pizarra en un Casino resulta convincente por completo. Juan Cano Ballesta: «La poesía de Miguel Hernández», 2.ª ed.; 1.ª reimp. Edit. Gredos, 1978, pág. 16.
- ² Juan Cano Ballesta confirma la existencia del cartelón representando motivos de las octavas y acompañando instrumentos (melón y jaula) durante el recital-conferencia en la Universidad Popular de Cartagena, pero no nos detalla ni los motivos, ni todos los instrumentos que Miguel Hernández llevaba consigo, lo que sí nos precisa Efrén Fenoll. J. Cano Ballesta, op. cit., pág. 30.
- ³ Agustín Sánchez Vidal al mencionar la viñeta que acompaña a «PROFECIA sobre el campesino» que Miguel Hernández publicó en el n.º 1 de «El Gallo Crisis», dice textualmente: «Se colocan un racimo y unas espigas atados formando un grupo *posiblemente inspirados en el yugo y las flechas...*». Estimamos esta interpretación, aquí subrayada por nosotros, un tanto aventurada y no exenta de intención a juzgar por toda la tesis que sigue A. Sánchez Vidal en su publicación. El verdadero motivo de la inspiración *es posible* que pueda comprobarse aún en la iglesia de Orihuela que nos cita el auténtico testigo, Efrén Fenoll. A. Sánchez Vidal: «Miguel Hernández, en la encrucijada», Cuadernos para el diálogo. Colección Los Suplementos, n.º 71. Madrid, 1976, pág. 9.